

EL PECADO

Padre Raniero Cantalamessa

Vamos a considerar el contenido de la santidad, es decir, en qué consiste. Digamos enseguida que este contenido tiene dos aspectos: un aspecto negativo, que es la liberación del pecado, y un aspecto positivo que es el don del Espíritu Santo o de la vida nueva.

Así fue descrita la salvación en los profetas, por ejemplo leemos en Ezequiel: **“Os rociaré con un agua pura y os purificaré de todas vuestras impurezas e idolatrías”**, he aquí el aspecto negativo, quitar el pecado. Y después: **“Os daré un corazón nuevo, pondré dentro de vosotros mi Espíritu”**, he aquí el aspecto positivo.

Estos dos aspectos son interdependientes. La liberación del pecado es el presupuesto para entrar en el Señorío de Cristo y recibir Espíritu Santo. Jesús decía: **“Nadie pone vino nuevo en odres viejos”**, y sabemos que son los odres viejos, los corazones llenos de pecado. Decía S. Agustín: **“Tú debes ser rellenado de bien, libérate, pues, del mal. Supón que Dios te quiere llenar de miel, si estás lleno de vinagre ¿dónde pondrás la miel? Hay que vaciar el contenido del vaso, es más, hay que limpiar bien el vaso, limpiarlo con energía y rasparlo, para que pueda recibir la nueva realidad.”**

Vamos a reflexionar en esta charla sobre el primer aspecto negativo que es **la liberación del pecado.**

“... pero donde abundó el pecado sobreabundó la gracia”. Este pasaje de la carta a los Romanos nos sirve de guía. ¿Qué sacamos de esto? ¿Persistiremos en el pecado para que cunda la gracia? De ningún modo, tener esto presente: nuestro hombre viejo ha sido crucificado para que fuera destruido el cuerpo del pecado y ya no sirvamos al pecado. **“Así, pues, haceos cuenta de que estáis muertos al pecado, que no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal.”** Imaginemos esta reflexión como una emigración en masa, una emigración del Egipto del pecado hacia la tierra prometida. Se trata de un verdadero y propio éxodo pascual. A través de las palabras del Nuevo Testamento que habla de liberación del pecado, podemos determinar cuales son las acciones o los pasos o las etapas que debemos realizar para llevar a cabo nuestra emigración de Egipto.

PRIMER PASO: Reconocer el pecado. El mundo ha perdido el sentido del pecado. Como si se tratase de la cosa más inocente del mundo, condimenta con la idea del pecado sus productos y espectáculos para hacerlos más atractivos. El mundo habla del pecado, incluso de los más graves, en diminutivo: “pecaditos”, “pequeños vicios”.

El mundo tiene miedo de todo, excepto del pecado. Tiene miedo de la contaminación atmosférica, de los males oscuros incurables, pero no tiene miedo de la guerra a Dios, que es el Eterno, el Omnipotente, el Amor. Mientras Jesús dice: “No temed a los que matan el cuerpo, temed solo a quien tras haber matado tienen el poder de echaros al fuego eterno”.

Esta situación ambiental ejerce una influencia tremenda también sobre los creyentes, que quieren vivir a pesar de todo según el Evangelio. Produce en ella un adormecimiento de las conciencias, una especie de anestesia espiritual, estamos todos más o menos anestesiados, hermanos. El pueblo cristiano ya no reconoce a su verdadero enemigo, el amo que lo tiene esclavizado, solo por que se trata de una esclavitud dorada. Más que en liberarse del pecado todo el empeño está concentrado hoy en liberarse del remordimiento del pecado; en vez de luchar contra el pecado se lucha contra la idea de pecado.

La Escritura dice que **“Cristo ha muerto por nuestros pecados”**, quita el pecado y habrás hecho vana la Redención misma de Cristo, habrás destruido el significado de su muerte, Cristo habría luchado contra simples molinos de viento como Don Quijote. El primer paso, pues, en nuestra salida del pecado es reconocer el pecado, reconocerlo en su tremenda seriedad, despertarnos del sueño en el cual nos han echado las exhalaciones del mundo.

SEGUNDO PASO. Los Hechos de los Apóstoles nos cuentan que al oír aquella terrible acusación de Pedro: “Vosotros habéis crucificado a Jesús de Nazaret”, los presentes se sintieron con el corazón traspasado y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: **“¿Qué tenemos que hacer?”** Hermanos, Pedro les contestó: **“Arrepentíos, Arrepentíos”**. El segundo paso por tanto hermanos, es arrepentirse del pecado.

Pero, **¿qué significa arrepentirse?** La palabra original, metanoia, significa un cambio de pensamiento, de mentalidad. Ahora bien, **no se puede cambiar nuestro modo de pensar por otro modo de pensar también nuestro, diferente del anterior. No se trata de sustituir una mentalidad por otra también nuestra o un juicio por otro juicio. Se trata, y aquí está el secreto, de sustituir nuestro modo de pensar por el modo de pensar de Dios, nuestra mentalidad por la mentalidad de Dios, nuestro juicio por el juicio de Dios.**

Si, arrepentirse es entrar en el juicio de Dios. Dios tiene un juicio sobre nosotros, sobre nuestro estado espiritual, sobre nuestra conducta, este juicio es el único total y absolutamente verdadero. Sólo Dios conoce hasta el fondo nuestro corazón, nuestras responsabilidades y también nuestros atenuantes. Dios lo sabe todo sobre nosotros. Arrepentirse es hacer nuestro ese juicio de Dios sobre nosotros, diciendo: Dios mío, me someto a tu juicio, **“Tú eres justo cuando hablas y recto en tu juicio”**, son palabras del Salmo 51, el famoso Miserere. “Tú eres justo cuando hablas y recto en tu juicio”.

Todo esto comporta una compunción, o sea, una especie de punzada en nuestro corazón porque para dar la razón a Dios debes negártela a ti mismo, debes morir a ti mismo. Incluso, porque apenas entras en el juicio de Dios, ves lo que es el pecado y te espanta, te espantas. Si el mundo supiera qué es verdaderamente el pecado moriría de espanto.

Un componente esencial del arrepentimiento, cuando es sincero, es el dolor. El hombre no solo reconoce haber actuado mal, sino que se entristece por haber actuado así y se entristece no solo por el castigo que ha merecido y la pena que deberá padecer, sino mucho más por el disgusto, la lástima que le ha dado a Dios, por haber traicionado

su amor tan grande. Se entristece por lo que el pecado ha hecho sufrir a Jesús en la cruz. **El verdadero dolor no nace más que en presencia del amor. “Me amó y se entregó a Sí mismo por mí”.**

Las lágrimas son a menudo el signo visible de este dolor que entenece el corazón y lo lava. Es bueno, hermanos y hermanas, pedir experimentar una vez este lavado de fuego. Un día, mientras meditaba sobre la agonía de Jesús en Getsemaní, el filósofo Pascal, sintió una voz resonar dentro de sí, la voz de Jesús, decía: **¿Quieres costarme siempre sangre de mi humanidad sin que tú derrames una sola lágrima en tu vida? Yo soy más amigo tuyo que aquel o aquel otro, porque he hecho por ti más que ellos; más amigo que tu mujer, que tu padre, que tu madre, ellos nunca sufrirían por ti lo que Yo he sufrido y jamás morirían por ti en tu infidelidad como Yo lo he hecho”.**

Hermanos y hermanas, ¡basta con las lágrimas que hemos derramado sobre nosotros mismos, lágrimas de complacencia! **Pedimos lágrimas nuevas lágrimas de arrepentimiento y de amor.** En el arrepentimiento obra ya el Espíritu Santo, por más que lo haga “con” y “sobre” nuestra libertad. El prodigio del arrepentimiento es que apenas el hombre se sitúa contra si mismo, Dios se pone a su favor; de inmediato lo defiende de todas las acusaciones, incluso de las acusaciones de su mismo corazón, dice S. Juan. Apenas el hijo de la parábola ha dicho: “Padre, he pecado”, el Padre dice: “Rápido, traed aquí el vestido más hermoso”.

El segundo paso, pues, es el arrepentimiento del pecado. Para llevar a cabo ese paso no se requiere que inmediatamente, ahora mismo, sintamos en el corazón aquella punzada y que de nuestros ojos broten las lágrimas, si hay esto tanto mejor. Esto depende de la gracia y puede tener lugar o de inmediato o lentamente, sin que nos demos cuenta. Lo que se requiere es comenzar inmediatamente a desear y querer arrepentirse, diciéndole a Dios: “Hazme conocer la verdadera contrición, no me niegues esa gracia antes de morir”. Querer arrepentirse es ya arrepentirse.

TERCER PASO: Romper definitivamente con el pecado. Es este paso sigue guiándonos la Palabra de Dios. S. Pablo dice: **“Consideraos muertos al pecado”** y de nuevo: **“Que no reine más el pecado en vuestro cuerpo mortal”.** A esta palabra le hace eco aquella de Pedro que dice: **“Uno que ha sufrido en su carne ha roto con el pecado para vivir el resto de sus vidas guiado por la voluntad de Dios, no por deseos humanos, bastante tiempo pasasteis ya viviendo en plan pagano”.** Este paso consiste, pues, en decir ¡basta! al pecado. Esta es la fase de la decisión o del propósito.

¿De que se trata? Es muy sencillo, por lo menos decirlo, hacerlo es un poco menos. **Se trata de tomar la decisión, en lo que de nosotros depende, sincera e irrevocable, de no cometer más pecados.** Dicho así, la cosa puede parecer veleidosa y poco realista, ¿verdad? Pero no lo es, nadie de nosotros se convertirá en impecable de un día para otro, pero tampoco es esto lo que Dios quiere de nosotros.

Cada uno de nosotros, si se examina bien, caerá en la cuenta de que junto a los muchos pecados y defectos que comete cada día, hay uno distinto de los demás, distinto porque es más voluntario. Se trata de ese pecado al que en secreto estamos un poco

apegados, que confesamos, sí, pero sin una real voluntad de decir **¡basta!** Ese pecado del que nos parece que ya no podemos liberarnos, por el simple motivo que **no queremos** liberarnos, o no queremos liberarnos **de inmediato**.

San Agustín en sus Confesiones nos describe su lucha por liberarse del pecado, de la sensualidad, de la impureza. Hubo un momento en que imploraba a Dios diciendo: **“Señor, concédeme castidad y continencia”** pero añadía secretamente una voz: **“No inmediatamente Señor”**. Hasta que llegó el momento en que se gritó a si mismo: **¿Por qué mañana, mañana, por qué no ahora; por qué no este mismo momento significará el fin de mi vida vergonzosa?** Bastó con decir este **¡Basta!** para sentirse libre. El pecado nos tiene esclavizados mientras no le decimos un verdadero **¡basta!** Entonces, el pierde casi todo el poder sobre nosotros.

Jesús nos dice como al paralítico en la piscina de Betsaida: ¿QUIERES CURARTE? Parece una pregunta inútil, superflua, pero no lo es. ¿Lo quieres verdaderamente?, dice Jesús, “porque si lo quieres de verdad lo conseguirás”.

Para descubrir cuál es en nosotros “ese” pecado especial, hay que tratar de ver qué es lo que tememos que se nos quite. Lo que, sin confesarlos, defendemos; lo que mantenemos a nivel inconsciente y no sacamos a la luz para no vernos luego obligados a renunciar a ello bajo los estímulos de la conciencia. Más que un pecado particular, se trata a menudo de un hábito pecaminoso. Por ejemplo, ver ciertos programas televisivos, o de una omisión a que hay que poner fin.

Concretamente, ¿qué hay que hacer? En un momento de recogimiento, durante una Misa, o en un retiro, ponernos en presencia del Señor y de rodillas ante el Santísimo decirle: “Señor, Tu conoces bien mi fragilidad, como también yo la conozco. Fiándome por eso solo de tu gracia y de tu fidelidad, te digo que quiero, de ahora en adelante, abandonar aquella satisfacción, aquella libertad, aquella amistad, aquel resentimiento, aquel pecado. Quiero aceptar la hipótesis de tener que vivir de ahora en adelante sin eso. Entre el pecado y yo, ese pecado que Tú sabes, se ha acabado, digo **¡BASTA!** Ayúdame, Señor, con tu Espíritu, renueva en mí un espíritu firme, mantén en mí un ánimo generoso. Yo me considero muerto al pecado”. Después de esto, hermanos, el pecado ya no reina más en nosotros, por el simple motivo de que tú ya no quieres que reine, pues de hecho reinaba precisamente en tu voluntad.

Sin embargo, hay que insistir en un punto. Esta es una decisión en la que hay que actuar de inmediato, si no se pierde. Hay que hacer a la primera ocasión un acto contrario, aprestándose a decir el primer **¡NO!** a la pasión o a la costumbre pecaminosa, pues de no ser así estas recobran inmediatamente todo su poder. Un filósofo creyente escribe en una obra: “A uno la palabra de Dios le ha revelado que su pecado es la pasión del juego, no el juego inocente por supuesto. Esto es lo que Dios le pide como sacrificio. El ejemplo puede extenderse a otros hábitos pecaminosos, naturalmente, como la droga, la bebida, un rencor, decir mentiras, un estado de hipocresía, un hábito impuro, etc. Ese hombre, convencido de que es pecado, decide deshacerse de eso y dice: Señor, hago voto solemne y sagrado de no volver a jugar jamás, jamás, jamás. Esta noche será la última vez”. No ha solucionado nada, lo habéis entendido bien. Seguirá jugando como antes, toda la vida y diciendo: “Esta noche será la última vez”. Si acaso, él debe decirse a sí mismo: “De acuerdo, mi querido hombre viejo, de acuerdo, todo el resto de tu vida, todos los días, tú podrás jugar, pero esta noche no”. Si mantiene su

propósito y esa noche no juega o no comete ese pecado, está salvado. Probablemente, no volverá a jugar el resto de su vida.

Nuestro ¡BASTA!, para ser sincero, debe referirse no sólo al pecado sino también a la OCASIÓN de pecado. Y hablo en este momento en particular a los jóvenes, de la ocasión de pecado. Hay que rehuir, como recomendaba la Moral tradicional, de la ocasión próxima de pecado, pues mantenerla sería como mantener el pecado mismo y hay lugares y diversiones, que son ocasión próxima de pecado. La ocasión hace como ciertos animales feroces, que encantan e hipnotizan a la presa para así poder devorarla sin que esta pueda moverse ni un solo centímetro. La ocasión pone en movimiento en el hombre extraños mecanismos psicológicos, consigue encantar la voluntad con este sencillo pensamiento: “Si no aprovechas la ocasión, ya no la volverás a encontrar, es de tontos no aprovechar la ocasión”, y así se cae. La ocasión hace caer en pecado a quien no la evita, como el vértigo hace caer en el precipicio al que se acerca a la orilla.

CUARTO PASO: Consiste en destruir el cuerpo del pecado. S. Pablo alude a una última operación en relación con el pecado, que es la de destruir el cuerpo mismo del pecado. Dice: **“Tened esto presente: el hombre que éramos fue crucificado con Él para que se destruyese el cuerpo del pecado”**, quiere decir que Jesús en la cruz virtualmente ha destruido el cuerpo entero, es decir, la realidad del pecado.

Un día estaba recitando el Salmo que dice: “Señor, Tú me sondeas y me conoces, de lejos percibes mis pensamientos, todas mis sendas te son familiares”. Un salmo que recitándolo te hace sentir como radiografiado por la mirada de Dios, atravesado de parte a parte por su luz, desde el nacimiento hasta ahora. En un momento me encontré con el pensamiento al lado de Dios, como si yo mismo me estuviera escrutando con su luz. En la mente afloró muy nítida una imagen bastante extraña, la de una estalagmita; es decir, una de esas columnas calcáreas que se forman en el fondo de algunas grutas milenarias por la caída de gotas de agua calcárea del techo a la gruta, y tuve la explicación de esta imagen: mis pecados.

En el transcurso de los años, han caído en el fondo de mi corazón como esas numerosas gotas de agua calcárea; cada uno de ellos ha depositado allí un poco de cal, es decir, de opacidad, de dureza, de resistencia a Dios, uniéndose al anterior pecado y haciendo una única masa. Como sucede en la naturaleza, el grueso desaparecía como el agua, gracias a las Confesiones, a las Eucaristías, a la oración, pero cada vez quedaba allí algo no disuelto y ello porque el arrepentimiento y el propósito ¡ay de mí! no eran totales ni absolutos, no eran perfectos.

De esta manera, mi estalagmita había crecido como una columna, como una gran piedra que me apesadumbraba. Entonces comprendí, de repente, que ese **corazón de piedra** del que Dios habla en la Escritura, cuando dice: **“arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne”**, es el corazón que nos hemos creado por nuestra cuenta a fuerza de compromisos y de pecados.

¿Qué hacer en esta condición? No puedo eliminar esa piedra con solo mi voluntad, pues está precisamente en ella, en la voluntad. Aquí acaba la parte del hombre, lo que en teología se llama “ex opere operantes” y empieza la parte de Dios, que se llama “ex opere operador”, por más que Dios no estaba ausente tampoco en los actos precedentes. Es decir, aquí acaba “mi parte” y empieza la parte de la gracia de Dios.

El hombre puede cometer el pecado, pero no puede destruirlo, sólo Dios puede perdonar los pecados. S. Pedro aquel día, tras haber dicho “Arrepentíos”, añade “Bautizaos, confesando que Jesús es el Cristo, para que se os perdonen los pecados”, uniendo de esta manera indisolublemente el arrepentimiento con el Sacramento. El arrepentimiento es nuestra parte, el Sacramento es la parte de Dios. Tratándose de la primera conversión a la fe, el Sacramento era en aquel caso el Bautismo.

S. Pedro el día de Pentecostés no podía decir “Id a confesaros”; no, pero para nosotros es diferente, tratándose de personas que han vuelto a pecar después del Bautismo, el Sacramento es el de la Penitencia, eso que los Padres llamaban “la segunda tabla de salvación ofrecida a quien naufraga después del Bautismo”.

“Hijos míos, dice S. Juan, os escribo esto para que no pequéis, pero en caso de que uno peque, tenemos un defensor ante el Padre, Jesucristo, que expía nuestros pecados”. “La Sangre de Jesús, dice también, nos limpia de todo pecado”. La Sangre de Jesús es el gran y potente disolvente que en el Sacramento de la Penitencia, gracias a la potencia del Espíritu Santo, puede disolver el cuerpo del pecado. Por lo demás, nuestro modo de acercarnos al Sacramento de la Penitencia, hermanos, debe ser renovado en el Espíritu, para que sea verdaderamente eficaz y resolutivo. **Renovar el Sacramento en el Espíritu significa vivirlo, no como un rito, un hábito o una obligación pesada, sino como una necesidad del alma, como un encuentro personal con Cristo resucitado que a través de la Iglesia nos comunica la fuerza salvadora de su Sangre y nos devuelve la alegría de estar salvados.**

QUINTO y último paso de nuestro éxodo pascual: Nosotros podemos cooperar en la destrucción del pecado secundando la acción de los Sacramentos, **sobre todo de dos formas: con EL SUFRIMIENTO, la cruz, y con LA ALABANZA.**

La Iglesia denomina a todo esto **“satisfacción o expiación”** y lo simboliza con la pequeña penitencia que impone al que se ha acercado a la Confesión. Esta pequeña penitencia es un signo, indica un acto y una actitud que debe prolongarse más allá del Sacramento. S. Pedro en el texto ya familiar dice: **“Por tanto, dado que Cristo sufrió en su carne mortal, armaos también vosotros del mismo principio, que uno que ha sufrido en su carne ha roto con el pecado”**. De esta manera, Él establece un principio de gran importancia: quien sufre, rompe con el pecado; quien acepta su cruz, su sufrimiento, su enfermedad, ha roto con el pecado.

El sufrimiento, después de que el Hijo de Dios lo ha santificado, al pasar por él, tiene el misterioso poder de disolver el pecado, de deshacer la trama de las pasiones y de desalojar al pecado de nuestros miembros. Sucede como cuando se zarandea con violencia un árbol y todos los frutos marchitos caen a tierra: los pecados, las pasiones... Nosotros no sabemos por qué es así, pero sabemos que es así, lo constatamos a diario en nosotros mismos y en torno a nosotros. “Sufrir, decía Juan Pablo II en su encíclica sobre el sufrimiento, sufrir significa convertirse en ser particularmente sensibles a la obra de las fuerzas salvíficas de Dios, ofrecidas a la humanidad en Cristo, y que vienen de la Cruz de Cristo”.

No se trata normalmente de ir en busca del sufrimiento, sino acoger con ánimo renovado el que hay en nuestra vida. No desperdiciar este sufrimiento, que significa sobre todo no hablar de él, sin una necesidad real. No hablar de nuestro

sufrimiento a derecha y a izquierda, guardarlo celosamente como un secreto entre uno y Dios, para que no pierda su perfume.

Por más grandes que sean tus penas, decía un Padre antiguo del desierto, tu victoria sobre ellas está en el silencio. ¡Difícil, difícil, pero eficaz!

Junto al sufrimiento, otro medio potente para destruir el cuerpo del pecado es **la alabanza. La alabanza es por excelencia el anti-pecado.** Al inicio de su carta a los Romanos, S. Pablo dice que hay un pecado madre, un pecado que es el fundamento de todos los pecados y se llama **impiedad**. Y este pecado consiste en conocer a Dios (por tanto no es el pecado de los ateos), conocer que hay Dios, pero no darle gloria y no darle gracias como se le debe a Dios. Esto es el pecado-madre: **la impiedad**. No alabar, agradecer a Dios, sino gloriarse en sí mismo.

Entonces, si el pecado-madre es la impiedad, es decir, el rechazo a glorificar y dar gracias a Dios, **lo exactamente contrario al pecado no es la virtud, sino la alabanza.** Lo repito: lo contrario del pecado no es la virtud, sino la alabanza de Dios.

Concibiendo nuestra liberación del pecado como un éxodo pascual, hemos hecho una emigración en masa de Egipto, esta debe transformarse ahora en una fiesta, tal y como sucedió en el primer Éxodo. Los hebreos se habían mostrado reacios a moverse de Egipto, y cuando llegaron ante el Mar Rojo se sintieron por un momento presos de temor y murmuraron. . . , pero apenas atravesaron el Mar, desde la otra orilla se sintieron presos de una incontenible alegría y se pusieron a cantar igual que Moisés y María, diciendo: “Cantaré al Señor, sublime es su victoria, caballos y carros ha arrojado en el mar”.

Así lo queremos hacer nosotros ahora. El Faraón que Dios ha arrojado en el Mar es el demonio y nuestro pecado, nuestro hombre viejo. Sus caballos y caballeros son nuestros pecados actuales. Él ha arrojado en el mar todos nuestros pecados, ya no están más.

Habiendo pasado el Mar Rojo, ahora nos ponemos en camino hacia nuestro Sinaí. Habiendo celebrado la Pascua, nos disponemos a celebrar Pentecostés. **Nuestro corazón es ahora un odre nuevo dispuesto a recibir el vino nuevo que es el Espíritu Santo. AMEN.**